

# INTRODUCCIÓN

Salí del Ecuador como un fracasado, con poco sentido y esperanza. La crisis se acercó con mucha fuerza en medio de mi vida. Crisis de realismo, crisis existencial. Experimenté el dolor profundo de la soledad, de la marginación, de la incomprensión, del rechazo, de no contar. Todo esto hizo que la crisis se manifestase con dureza.

En toda esta tempestad (durante el tiempo que duró), descubrí barrotes muy sólidos que me estaban sosteniendo: el amor de mi familia, el sentirme amado por personas con las que había bregado en la calle atraído por Jesús en los más olvidados, el amor y cercanía de algunos Hermanos que creemos que Jesús resucitado nos está llamando a una respuesta distinta de la que hemos venido dando como Hermanos Maristas de Ecuador.

Un segundo barrote es la experiencia de Dios tierno, amoroso, Padre, sosteniéndome en el dolor, purificándome en el crisol del amor, abrazándome con el fuego del Señor Jesús, que a veces no aparecía, no le podían reconocer en medio de la tormenta, pero que mi corazón palpitaba aceleradamente porque su presencia estaba allí; porque mi nombre era pronunciado con mucha fuerza y ternura de la mano de Jesús.

Descubrí otro barrote que me sorprendió; mi persona con muchas riquezas, con inconfundibles limitaciones, pero todas ellas siendo roca viva y amada por todo mi ser, me sentí profundamente valorado por mí mismo y con una fuerte certeza; nadie ha podido derrumbar los valores y la fuerza de vida que estaban en el fondo de mi ser.

Todo esto me fue acercando a un cuarto barrote que sostenía la estructura de mi persona; la llamada a construir el reino de Dios, el sentirme feliz de ser un gusanito pequeñito en la palma de Dios. Me refresqué en el oasis de la pasión por lo que le gusta al Padre, reconocí mi lejanía de lo que Dios me había estado proponiendo todo el tiempo, acogí el perdón, la misericordia, la invitación a no detenerme en el camino de amar hasta dar la vida, lo que me ayudó a abrazar la cruz y en ella a muchos hombres y mujeres que han dado su vida como el Señor Jesús en la cruz. Aquí disfruté del gozo de mi identidad marista, identidad querida y ahora mucho más clara en el plan de Dios para conmigo. Aquí acepté que seguiré siendo perseguido, no comprendido cuando esté en las cosas del Padre. Aquí me perdoné a mí mismo, perdoné y el amor se encendió como la llamita que mantiene la claridad de mi vida.

## GRATITUD A DIOS: MI VIDA ES HISTORIA DE SALVACIÓN.

Toda la crisis se hizo historia de salvación, se hizo historia íntima de Dios conmigo, cayeron muchas cosas accesorias para irme centrando en lo que considero esencial. Dios nuevamente me sorprendió en esta etapa de mi vida y ahora para confirmarme en su amor.

Con todo esto tatuado en mis entrañas, en cada célula de mi humanidad, seguí buscando, inquieto, queriendo hacer síntesis ya que la crisis me planteó retos que resolver, me llevaba a tomar opciones. El salir de la crisis significaba integrar y vivirme en este momento como hombre nuevo.

Por estas fechas aparece un detalle del Señor, la amistad con mi buen amigo Carlos Cabarrús, que me invita a ir a CEFAS, Guatemala, para hacer un mes ignaciano adaptado a mi momento. Discierno, consulto, y veo que esta propuesta es precisamente lo que estaba buscando. Pido se me conceda esta posibilidad, la que se me permitió y así pude salir para Guatemala.

Qué es lo que me está llevando en este momento a escribir. La necesidad de expresar lo vivido después de un tiempo que ha bajado en la realidad. Mi gratitud a mis buenos amigos que me acompañaron en todo este tiempo y mi promesa de poner por escrito aquello que vi, que oí y que experimenté. La introducción obedece a pintar la realidad por la que estaba atravesando a grandes rasgos y poder conectar con toda la experiencia posterior.

En estos días que escribo, estoy acompañando con Galo el retiro de los Hermanos de la Provincia Marista de Ecuador, y es aquí donde he podido escuchar esas voces internas de profundo agradecimiento, pero sobre todo de referencia cotidiana en todo este tiempo posterior a

mi regreso a Ecuador. En la realidad en la que me desenvuelvo ahora, esta experiencia está siendo camino de integración, de comunión, de serenidad, de libertad, de sentirme vivo y atento a la voz de Dios en las personas, en los sentimientos, en la Palabra, en los acontecimientos, en las decisiones, en los deseos.

Escribo para agradecer a Dios, al Dios de la vida, al Dios de la ternura (mi compañero de camino), al Dios de la debilidad, al Dios que se ha revelado en el amor de los desconocidos, de los cercanos, pero sobre todo en los débiles, en los que aparentemente no cuentan por su situación física, por su condición de abandono.

Me ha estado dando muchas vueltas, cómo escribir el regalo de Dios que me hizo en Guatemala. No es fácil transcribir ese fuego interno. Pero dejo que mi mano baya siendo la vocera de mi corazón. Agradezco a Carlos Cabarrús, que me ayudó a sacar toda la libertad que hay en mí, con su cercanía y amistad recuperé la libertad, me sentí libre. Poco a poco me fue guiando para encontrar el amor que habita en lo más profundo de mí mismo, ese amor que me llevó a discernir la presencia de Dios en los débiles y escuchar la ratificación del proyecto de Dios en mí vida, siguiendo a Jesús en los débiles con esa misma ternura que el Padre me ha colmado siempre.

Mi oración es en este tiempo oración de agradecimiento, agradecimiento por la experiencia de Guatemala. Experiencia que al salir de Guatemala, me dejó la sensación que algo tremendo había ocurrido en mi interior. Esta sensación no me ha abandonado y su recuerdo me llena de paz, enciende una luz en mi vida para leer toda mi experiencia anterior, pero sobre todo está siendo voz de envío, voz de compromiso en la construcción del Reino de Jesús.

Gratitud a Dios porque he podido leer mi historia como historia de salvación, como historia de fidelidad de Dios.

## **LA SORPRESA DE DIOS EN MI VIDA: FERNANDO**

Esta experiencia se llama Fernando. Fernando es un muchacho epiléptico que lleva muchos años en esta situación. Es como un niño, su rostro me conduce a algo indescriptible, que me llena de emoción y hace vibrar todo mi ser. Fernando vive con un gran amigo; Carlos Aceituno, que tiene un centro en el que acoge a personas que hemos clasificado en nuestra sociedad que rinde culto a la belleza, a la eficacia, a lo aparente, a lo light; como "especiales". El Hogar se llama Nazareth. Paradójico, Él me condujo a su propio hogar.

Después del mes en CEFAS; fui unos días con mis hermanos de Guatemala, allí conocí la comunidad Montagne, donde pasé unos días. Esta comunidad está en su misión cerca de los niños y niñas de la calle, ellos me ayudaron a acercarme a este mundo, en cuyos rostros escuché muchas veces las llamadas que en el retiro me sacudieron; sácame de la calle; haz que cuente para ti. Después de estos días en esta comunidad, a la que estoy profundamente agradecido por el amor que me brindaron, me fui al Hogar Nazareth, a vivir unos días con todas las personas que viven allí. Ya había estado allí en algunos fines de semana del mes que pasé en CEFAS.

En el centro, Carlos Aceituno me acogió con el cariño que me ha expresado siempre. Ese sábado habían salido algunos con sus familias. También en esos días, Carlos estaba comprometido en algún curso, por lo que me encargó que recibiera y cuidara a Fernando cuando regresara de la visita a su familia. En ese momento me recorrieron algunas sensaciones no muy agradables, ya que en otras ocasiones que estuve en el centro, Fernando me causaba cierto temor.

Al recibirlo en la tarde, una tarde lluviosa, mi corazón empezó a ensancharse (experiencia tenida durante los ejercicios), al tomarle de la mano, la paz empezó a recorrer toda mi persona, su mirada me transportaba aun manantial que en muchos de mis sueños y oraciones estaba presente y en dónde siempre recobraba la vida, la felicidad.

Esa noche después que Carlos lo llevó a dormir, su mirada, sus gritos, su felicidad rebozaba en mi interior.

La epilepsia temprana ha hecho que Fernando sea como un niño a sus 28 años y como tal hay que ayudarlo en casi todo. Balbucea algunas palabras (papi, mami...). Fernando abrió ese día una puerta que para mí era insospechable. Dios nuevamente me sorprendió con su ternura, esta vez su sorpresa se llama Fernando, con su presencia pude releer todo lo que viví en el retiro, con los chicos de la calle, pero sobre todo mi vida fue brotando como de un manantial ante su mirada.

El domingo, Carlos tenía que ir temprano a CEFAS y me encomienda a Fernando. Voy junto a su cama y todavía duerme tranquilo. Al despertarlo, empieza a convulsionar fuertemente; primero me asusta, luego recobro mis cinco sentidos y estoy con él en este momento; siento comunión con su dolor, me duele, me desgarran. Pasa la convulsión, me toma de la mano, su mirada todavía perdida busca mis ojos humedecidos, lleva mi mano a su pecho todavía agitado por la convulsión. En instantes me traslada a la tercera semana de los ejercicios ignacianos. Contemplo a Jesús, sufriendo, confuso, sólo, adolorido. Sus ojos tienen una chispa de vida, lucha por la vida, me invita a estar en la cruz con Él, me acerca a los crucificados (rostros muy concretos de personas que conozco), me hace que lo abrace y abrazo a los que sufren. María está allí al pie, al acercarme a Ella y abrazarle viene la humanidad sufriente y el grito de Jesús; desclávame, acoge a los que sufren, perdona, misericordia. Me embarga la sensación de recobrar el sentido de mi vida, me siento entero, fuerte, es como un velo que se abre; los pobres, los que sufren, los débiles, me devuelven la vida en el sufrimiento, en el dolor. Brota con profundidad de mis labios "Señor Jesús". Es un momento muy hondo, que aún ahora me estremece, estoy frente al misterio de Dios, es un momento de confesión de fe, de revelación del amor de Dios. Está aquí el Dios de Jesús, está aquí el Dios en quien creo. Resuenan fuertemente las palabras de Carlitos Cabarrús, mi acompañante en el retiro: los preferidos de Dios, los que mejor revelan el rostro de Jesús, el lugar donde Él se manifiesta por excelencia. Mi oración se hace agradecimiento por tanto don revelado.

Todo el día estoy con Fernando, no quiero separarme de él. Lo contemplo en su estado de aniquilamiento y voy recorriendo el camino de aniquilamiento que sentí muchas veces en todo el tiempo de mi crisis. Entro en comunión con esos momentos de sufrimiento, son mi tesoro, me ayudaron a reconciliarme con mis limitaciones, con mis riquezas, me hicieron profundizar en mis fuerzas, en mis debilidades; me condujeron a encontrarme con Dios, con el Dios de la ternura que sana, que acoge, que perdona. Mi oración ante este Jesús aniquilado se hace agradecimiento y agradecimiento por:

- .Gracias Por Carlos Cabarrús que en los primeros 15 días de mi estancia en CEFAS me condujo a retomar mi herida; me ayudó a ir más allá de mi piel; me condujo a mi pozo, a mi manantial, a la vida, a Jesús. Como buen Pigmalión hizo brotar lo mejor de mí mismo, todas mis energías para reconstruir mi " persona, para resolver la crisis de la que estaba saliendo. Su amor gratuito me contactó con mi propio valor como persona y la fuerza de los valores que tengo.
- Por Javier, tantos años cerca de mí (aunque en distancia muy lejos). Mi maestro de novicios que me ha acompañado con su cariño todos estos años de vida religiosa (15), con su respeto, con su sabiduría, con su delicadeza. Siempre acogíendome e invitándome a llevar la cruz que los seguidores de Jesús tienen que llevar necesariamente si se comprometen con el Reino.
- Por Galo; siempre creyendo en mí, queriendo que aflore lo mejor que hay en mí; mi amigo, mi hermano, compañero de ilusiones, comprometidos en impulsar lo que sentimos nos va pidiendo Dios por medio del Instituto Marista para la construcción del Reino de Dios.
- Por Carlitos Aceituno, respetuoso, esperando el momento para suscitar una respuesta en el descubrir a Dios en el necesitado, en la historia. Su espiritualidad, su compromiso, su cercanía, fueron mediación de Dios para encontrarle en esa realidad.
- Por Romelia, una mujer excepcional que ha sabido acercarme a Jesús en las calles de Quito, en los albergues, en los despreciados, en los abandonados.

- Por cada uno de los miembros de mi familia, mis hermanos(as), mi mamá que con su loco amor por mí, ese amor lleno de conocimiento de mi realidad me han apoyado, me han respetado, me han confrontado para vivir cristianamente los momentos más duros.
- Por tantas otras personas, cuyos nombres de seguro olvido; los más cercanos a mí en estos años difíciles; Félix, Ángel...

Sigo contemplando a Fernando que de vez en cuando abre sus ojos para verme con ternura. Su chispa de vida hace que me emocione y en su rostro descubro el grito; "perdón". Este grito en el proceso llevado con Carlos Cabarrús fue aflorando, perdón a personas concretas que me han herido, lo que me lleva nuevamente a la cruz, en la que Jesús toma el rostro de cada una de las personas que brota de mi corazón perdonar, y en las que experimento misericordia. Nuevamente Fernando me hace releer la experiencia de la tercera semana; uno a uno voy abrazando, voy haciendo espacio en mi corazón. Siento la misericordia que serena mi cuerpo y destraba mi interior.

Al final de la noche dejo a Fernando con Carlos. En mi habitación siento que mi cuerpo está experimentando alguna transformación, se conmociona, serena, algo profundo me envuelve. Dios me ha desvelado un nuevo sagrario, que ha hecho posible hacer aflorar lo más lindo, aquello que necesita seguirse trabajando, pero sobre todo me ha permitido adorar a Jesús vivo en la humanidad, en la humanidad herida. Gracias Señor, hoy me llenó de vida un ser débil, que no dice nada, pero ha dicho todo para mi vida.

A la mañana siguiente me levanto a prisa para encontrarme con Fernando. Al parecer convulsionó nuevamente, está descansando, me quedo a su lado, oro en silencio. Que profunda enseñanza en estos días, el silencio que es comunión, el silencio que es Palabra. Doy gracias a Dios por el don maravilloso de la vida, la vida que lucha. Fernando me mira con sus ojos grandes, me sonrío, dice papá..., le tomo de la mano, da gritos de alegría. Me emociona, empieza a recuperarse, juega conmigo, quiere cariño, me da cariño.

Lo llevo a la ducha, disfruta, está nuevamente con mucha energía. Como a un niño lo jabono, lo seco, lo visto. Agradezco a Dios mi salud, mi cuerpo, todo lo lindo y no tan lindo que hay en mí. Siento comunión con mi cuerpo, con mis entrañas, con mi sexualidad. Me siento un río de agua viva.

Después del desayuno llevo a pasear por las calles cercanas a Fernando para que se distraiga un poco. Me toma de la mano, al inicio va tranquilo, a medida que avanza, él me conduce, él me lleva por donde quiere. Me siento confiado, empiezan a resonar palabras de la cuarta semana; te llevarán por donde tu no quieres; déjate conducir; confía tu vida en otros, en Otro. Me experimento como un niño juguetón, la alegría me llena. Fernando me mira a cada paso, me regala paz con su mirada.

Se cansa pronto, todavía no está del todo recuperado. Regresamos a casa, y en la sala se tira en el sillón, juguetea un rato conmigo y se va quedando dormido. Leo un libro, de vez en cuando alzo la mirada para contemplarlo y en este contemplarlo, las voces del retiro empiezan a retumbar; sácame de la calle, abrázame, cree en mí, apuesta por mí. El Dios de la ternura nuevamente me habla en el cuerpo de Fernando. Contemplo su cuerpo, es el cuerpo de Jesús, ese cuerpo que sufre, ese cuerpo que quiere ser amado, ese cuerpo que lucha por la vida. Ese cuerpo va tomando rostros distintos; los niños y niñas de la calle con los que estuve días anteriores y que están en mi corazón con sus miradas, con sus palabras, con sus historias. Es un momento de fuerte comunión con el Cuerpo de Cristo, ese cuerpo lacerado por el pecado, por el egoísmo, por la indiferencia, por la injusticia, por las luchas por el poder, por la enfermedad, por las rigideces de las ideas, por las rigideces de los dogmas. Es en esa contemplación donde vuelven las llamadas: acompaña a los débiles, sácame de la calle, cuidame con ternura. Surge la expresión de fe de mi corazón; Señor mío y Dios mío.

Hoy cuando escribo, el rostro de Fernando me sigue hablando, me habla de gratitud a Dios porque puedo empezar este momento de mi vida marista en una nueva comunidad que ha sido el sueño de muchos de nosotros, intentar estar con los niños y jóvenes en dificultad. Todavía tenemos que concretar esta opción, pero el primer paso está dado, vamos para allá, a Quevedo. No tenemos nada, sólo la ilusión y la certeza de que Dios nos quiere entre los más pobres, porque

allí el Cuerpo de Cristo está sufriendo, porque allí nos convoca a ser signos del amor fraterno. Con este Cuerpo de Cristo queremos comulgar.

## **SU PRESENCIA, PRESENCIA DE INTEGRACIÓN**

Todavía resuena el último momento que estuve con Fernando. Nos quedamos solos hasta el desayuno, ya que después lo dejaría al cuidado de otra persona porque tendría que emprender viaje a Ecuador. Me miró, se sonrió, lo abracé y me despedí con la certeza que estaba grabado en el corazón, y no me equivoque, hoy sigue siendo aliento, sigue siendo encuentro, sigue siendo entusiasmo, sigue siendo ilusión por vivir, sigue siendo búsqueda, sigue siendo experiencia de Dios.

De la mano de Fernando encontré al Dios de Jesús, el Dios en el que creo, el Dios que me lanza en esta nueva etapa a construir su Reino. Su amor es el que me inunda y no quiero soltarme de la mano de Fernando porque él me llevará a muchos otros, pero sobre todo al Otro.

Es de la mano de Fernando que quiero seguir afrontando la vida, las alegrías, las dificultades, los retos. Es de la mano de él que quiero seguir integrando mi vida.

Jesús sigue por allí, en muchos cualquiera. Está esperando que le reconozca, que le encuentre y le ame allí. Gracias, Señor Jesús, por ser Fernando para mí.

Pato